

*Quien quiera conocer la Escuela de Barbiana y hasta estudiarla seriamente, a lo mejor desde una Facultad universitaria de Educación, debe estar atento, porque la misma lógica no siempre coincide en ambos lugares*

## CASI TODO AL REVÉS EN AQUELLA ESCUELA

Adele Corradi (Florencia)\*

Al día siguiente, lunes 30 de septiembre [1963], me presenté en la escuela donde por fin había conseguido una plaza oficial como profesora.

Me encargaron sólo de un grupo con diez horas semanales por la mañana. Dos tardes de *doposcuola* completarían mi horario.

Tendría que pasarme dos días enteros en Castelfiorentino, pero a cambio tendría dos días libres cada semana. Esos dos días me sirvieron naturalmente para ir a Barbiana. Y el martes uno de octubre me tocaba precisamente como día libre.

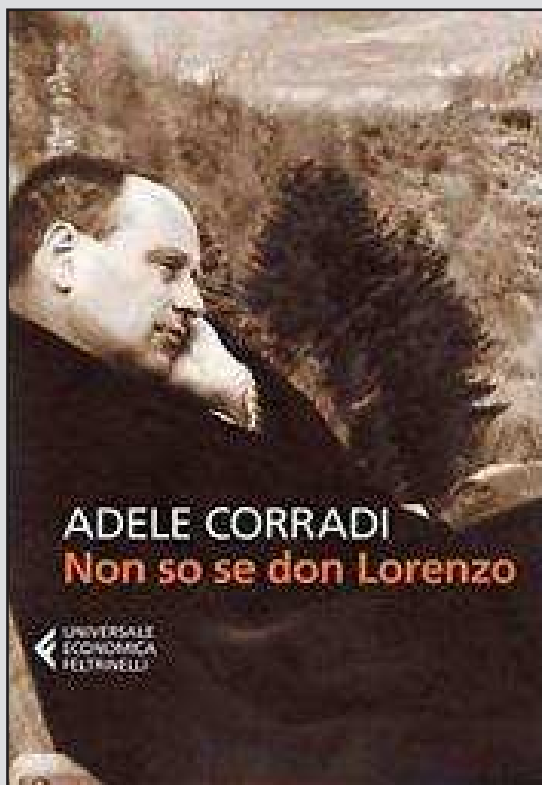
Llegué allí arriba por la mañana temprano, pero cuando entré ya habían empezado a dar clase. Un chico me acercó una silla en silencio y en silencio me senté. Creo que ni siquiera dije buenos días. Trataba de molestar lo menos posible.



Don Lorenzo siguió hablando, pero un poco después se giró hacia mí, que estaba sentada a su lado. Esta vez no me acompañaba nadie y sólo había pasado un día desde mi primera visita. Por eso pensé, y con razón, que estaría allí por algún motivo especial. Así que me preguntó francamente por qué había vuelto y si tenía que preguntar algo.

Ya sabían que era una profesora y pude responder sin preámbulos que estaba allí para saber cómo hacían para aprender a escribir en italiano. Ese era el problema que me preocupaba más, entre todos los que se me presentaban en la escuela. Don Lorenzo no se mostró extrañado y me respondió que tenía suerte. Estaban empezando precisamente aquel día un ejercicio muy particular: la “escritura colectiva”.

Porque los chicos de Barbiana se habían puesto de acuerdo con los de la escuela primaria de Piadena para escribirse alguna carta, y la escritura colectiva servía para hacer juntos la primera de aquellas cartas. Cada chico había escrito alguna cosa y



en el momento de mi llegada lo que había escrito cada uno se leía en voz alta y se “despedazaba”.

Pero de repente el trabajo se interrumpió debido a una fuerte discusión. Se buscaba al responsable de no sé qué fechoría. La fechoría la había denunciado quien la había descubierto, pero nadie denunciaba al culpable. Don Lorenzo protestaba a voz en grito, muy enfadado, y los llamaba cobardes a los chicos, que seguían guardando silencio sentados en sus sitios. La clase siguió sin que el culpable fuera descubierto.

Yo estaba estupefacta. Si uno de mis alumnos me hubiera venido con un chivatazo le habría tratado muy mal. No dije nada, sin embargo, en aquel momento, lo hice cuando, a media mañana, hubo una interrupción de diez minutos y todos salieron de la clase, excepto don Lorenzo y yo.

Entonces le pregunté cómo pretendía que sus alumnos denunciaran a un compañero, añadiendo que yo me enfadaba precisamente cuando alguno lo hacía. Don Lorenzo no me respondió. Daba la impresión de estar reflexionando, pero enseguida volvieron a entrar todos y cuando estuvieron de nuevo sentados alrededor de las grandes mesas llegó la respuesta a mis dudas. No se había tomado tiempo para reflexionar, sólo había esperado a tener delante a los chicos.

“Esta *pelmaza*”, dijo (pero sonreía), “quiere saber por qué me he enfadado con vosotros hace un momento. Me ha explicado que ella se enfada cuando sus alumnos hacen de espías. No entiende que su escuela es distinta de la mía. Sus muchachos hacen bien en no chivarse, porque ella es un enemigo y, callados, defienden a un compañero del enemigo. Aquí”, añadió dirigiéndose a mí, “los chicos saben bien que yo soy un amigo. Si se callan, traicionan a un amigo”.

\* A. Corradi, *Non so se don Lorenzo* (Feltrinelli, Milano 2012) 16-18. Traducción de Pepe Castelo.



El marco fue la Cátedra extraordinaria “San José de Calasanz” de la Universidad Pontificia de Salamanca, gestionada por la Facultad de Educación y patrocinada desde hace 37 años por el Superior General de los Escolapios. A veces se concreta en una serie de lecciones de profesores invitados y, en esta ocasión, en un seminario de investigación abierto gratuitamente a los alumnos y a los interesados de otras universidades (fueron 50 personas). Se consideraba esencial poder debatir las intervenciones programadas. Ahora las resumimos, sin debates y pronto serán publicadas íntegras en la revista *Papeles salmantinos de Educación*.

Tras la solemne apertura en el *Aula Magna* de la Pontificia, hubo una sola ponencia marco y doce comunicaciones – en el *Aula de Grados* – de estudiosos de la Pedagogía de Barbiana: dos italianos de la universidad de Módena-Reggio Emilia y otros 10 de las universidades hispanas de Alcalá, Barcelona, Girona, Salamanca, Sevilla y Vic. Del programa previsto solo lamentamos la ausencia de **Fabrizio Caivano**, el fundador de la prestigiosa revista *Cuadernos de pedagogía*, ausente por motivos de salud, que nos privó de una *Posdata desde este siglo* a la *Carta* de los barbianeses de hace 50 años.

Un verdadero regalo fue la proyección de un trailer del reciente documental cinematográfico de **A. D’Alessandro**, *Barbiana ’65. La lección de don Milani*, subtítulo por **Tomás Santiago**, y cuyo actor principal es el propio Lorenzo

